

N. DEL. D En Guatemala tenemos en este momento la oportunidad de encauzar la economía por el sendero de la Democracia Económica, es decir, de la verdadera libertad económica, y quizá ésta sea la oportunidad. Para lograrlo debemos entender que el esquema paternalista, pseudosocialista no ha sido, ni es, la solución a los problemas socioeconómicos. Solamente el verdadero cambio hacia un nuevo esquema que rompa con los sistemas del pasado puede aceptarse como históricamente válido. El ejemplo mexicano nos demuestra que no basta con tener un potencial de riqueza para mejorar el nivel de vida de un pueblo. Lo único que permite lograr que todos los ciudadanos disfruten de un mayor bienestar es el sistema económico adecuado. Es este sistema el que tenemos la obligación de ofrecerle a los guatemaltecos, pero naturalmente es necesario tener decisión y definición política. El presente artículo nos presenta un panorama económico bastante familiar para los guatemaltecos, pero estamos aún a tiempo de cambiar si realmente se quiere hacer algo distinto a lo que siempre se ha hecho en materia de política económica y así encauzarnos por el camino de la libertad y el bienestar general.

LA LECCIÓN MEXICANA

Pepe Quintas

Los intentos de conformar la actividad económica a un esquema gubernamental han dejado siempre una secuela de pobreza y sufrimiento. Nada tienen que ver las intenciones, casi siempre humanitarias, que animan a los gobernantes. El hecho es que, mientras más amplia sea la cobertura de un programa económico, mientras más perfecto y detallado sea su diseño, mayor será el precio que habrá de pagar el pueblo. La intromisión del gobierno en la economía es incompatible con el bienestar duradero de la población.

Echeverría y López Portillo tuvieron seis años para aprender esta lección, el primero de 1970 a 1976, y el segundo de 1976 a 1982. Para dolor de setenta millones de seres humanos, su laboratorio de aprendizaje fue la República Mexicana y sus conejillos de indias, el pueblo de México.

Hay una similitud que no es mera coincidencia entre los gobiernos de Echeverría y López Portillo: ambos devaluaron la moneda mexicana al final de su período presidencial. La devaluación oficial de una moneda no es más que el punto final de un largo proceso de deterioro económico. En otras palabras, la solidez de una moneda es el reflejo de una economía sana o, cuando menos, de una economía tan saludable como las economías de los demás países. Durante muchos años, la tasa de cambio entre la moneda mexicana y el dólar de Estados Unidos se mantuvo en 12.50 pesos por un dólar norteamericano. Esta duradera estabilidad era consecuencia de un crecimiento paralelo entre las economías de ambos países.

Llegó la década del 70 y el descalabrado programa económico del presidente Echeverría. Con una mano se incrementaba el gasto público, alimentando el torrente inflacionario. Con la otra, se intentaba infructuosamente reprimir la inflación, mediante un amplio y sofisticado control de precios. Muchas empresas quebraron y muchos mexicanos se quedaron sin trabajo. Se multiplicaron los subsidios y las empresas estatales para frenar el alarmante desempleo. Para ello, fue necesario aumentar nuevamente el gasto público. Se aceleró la

inflación. Una vez más, el gobierno trató de reprimirla, incorporando nuevos y más estrictos controles. A pesar de todo, los precios seguían subiendo.

Un solo precio se mantenía inalterado: el del dólar norteamericano.. Contra viento y marea, el gobierno del presidente Echeverría se aferraba a la paridad oficial de 12.50 pesos mexicanos por un dólar norteamericano. Sucedió con los dólares lo que sucede siempre que un artículo se vende de ganga: gente se las ingenia para comprarlo a montones. Tantos dólares fueron comprados que las reservas descendieron a niveles peligrosamente bajos. Vanos fueron los préstamos de emergencia conseguidos en el extranjero. Vanas también las declaraciones oficiales sobre la solidez de la moneda. Los mexicanos seguían comprando dólares y las reservas de divisas seguían bajando.

Finalmente, a modo de despedida de su período presidencial, Echeverría tuvo que reconocer un hecho consumado: el precio del dólar no era ya 12.50 pesos mexicanos, sino mucho más. Oficialmente se devaluó la moneda.

Llegó López Portillo al poder tuvo la rara oportunidad de rescatar la economía mexicana, pero la dejó pasar. Tuvo, además, la oportunidad de trasladar al pueblo los beneficios del petróleo mexicano, pero también la dejó pasar. Heredó el esquema económico de su predecesor y no tuvo el valor cívico de cambiar de curso. Se intensificaron los controles. Proliferaron los subsidios y las empresas estatales. El gasto público se elevó a niveles sin precedente. Al cabo de seis años, México se encuentra endeudado hasta el cuello. La moneda mexicana ha sufrido una nueva devaluación y el pueblo sigue pobre.

México, uno de los territorios más ricos de América Latina; México, el cuarto mayor productor de crudo en el mundo; México, cuyas exportaciones de petróleo y gas natural nutren las arcas nacionales en 38 millones de dólares diarios; México, que tiene todo para ser un país rico, no ha logrado erradicar la pobreza.

Dentro de pocos meses, un nuevo presidente asumirá el poder. Se enfrentará a una economía desarticulada y a una población que ha perdido la fe en las promesas de bienestar. El efecto sumado de las políticas económicas de sus dos predecesores habrá duplicado la tasa anual de inflación, reducido en dos tercios el valor internacional de la moneda mexicana y conferido a México el dudoso honor de ser la nación tercermundista con mayor deuda externa. ¿Reconocerá el nuevo presidente de México que los llamados «programas de desarrollo económico» fatalmente entorpecen el avance hacia el bienestar? Difícil es saberlo. Porque no son los gobernantes, sino el pueblo, quien paga durante muchos años el alto precio de las políticas económicas irresponsables.